

COLECCIÓN

**nueva
dimensión**

**GABRIEL
BERMUDEZ**

**LA PIEL
DEL INFINITO**

«Desde lo más profundo de mi oscuridad espío al mundo. Esos seres blandos de carne y hueso, húmedos, asquerosos; con sus vicios y sus pasiones. Y su dolor. Dolor. Los teléfonos suenan a mi alrededor, las radios zumban, me llegan comunicaciones. Muertes, revoluciones, asesinatos. Violaciones. Dolor. Me estremezco. La suprema comprensión llega a mí. Aquí, en lo más profundo de mi oscuridad, adelanto mis manos y casi rozo, casi, la piel del infinito...»

En nueve anotaciones, el siniestro ente que protagoniza la acción relata en primera persona la rápida descomposición de la sociedad humana a manos de sus adeptos, a quienes ha otorgado la facultad de acrecentar los peores instintos humanos.

El volumen se completa con la narración independiente «Cuestión de oportunidades».

PRIMERA ANOTACIÓN

Por fin me han permitido salir. En este instante siento el viento frío en mi rostro... o por mejor decir, lo sentí, puesto que esto que me hallo anotando ahora es totalmente posterior a mi salida de aquel lugar.

Ya no sabía quién era; ignoraba, e ignoro, completa y definitivamente quien soy, quien he sido, y tengo muy serias dudas sobre lo que seré. Pero si he de proceder con orden, y si estas anotaciones han de revelar algún día algo a alguna persona, es mejor que trate de exponerlo todo tal como sucedió desde el momento crucial; desde el mismo glorioso momento en que me permitieron salir, después de darme de alta.

Los engañé. Me costó trabajo aprender un nombre que decían que era el mío, unas circunstancias personales que aseguraban pertenecerme, unas costumbres que se obstinaban en asegurar que yo había tenido. Con la terrible astucia de que he sido dotado, pude ir convenciéndolos, uno tras otro, unas veces con humildad, otras con ira por no ser reconocido como normal, de que había vuelto a ser esa misteriosa persona que existió antes y de la que, vuelvo a repetirlo, absolutamente nada sé.

Me encontré de pronto en la calle, y la sucia puerta de hierro se cerró a mis espaldas. Habían puesto en mis manos unos papeles que aseguraban ser muy útiles e interesantes, me habían dicho que mi criado (sea eso lo que sea) me esperaba en mi casa... Conceptos que no llego a comprender muy bien... ni criado, ni casa, ni siquiera la existencia misma. Ante mí se extendían largas paredes de ladrillo ocre, sucias y chorreantes de humedad, y no había ni una sola persona a la vista. Comencé a caminar lentamente, lanzando a veces miradas hacia el lejano cielo gris, que sin sa-

ber muy bien por qué, me inspiraba una terrible sensación de miedo.

Había en el suelo montones de basura y pilas de cosas abandonadas; peladuras de frutas, viejos juguetes rotos, cristales hechos pedazos, botellas vacías, latas oxidadas con los bordes desgarrados... Seguramente otro que no fuera yo habría pensado que el lugar era triste y desagradable y, posiblemente, que olía mal. Pero lo cierto es que a mí me causaba todo una indiferencia atroz, que no sentía ningún olor, y que esas palabras: «triste», «desagradable», «mal olor», y otras semejantes, surgían en mi mente como un recuerdo mecánico de una existencia pasada.

Las extensas paredes de ladrillo dieron paso a una plazoleta abandonada, con media docena de árboles deshojados en el centro, y unos pocos niños mal vestidos jugando en la tierra. Algún hombre o mujer se cruzó por primera vez conmigo, y creí ver en sus rostros una extraña expresión, que tal vez pudiera calificarse de miedo, de terror, o quizá de asco, cuando sus miradas se fijaron en mi cara.

Debo decir que evito cuidadosamente todos los espejos, las lunas de cristal, los charcos... todo aquello, en fin, que de cualquier manera, directa o indirecta, clara o turbia, pudiera reflejar mi figura... y sobre todo mis facciones. Solamente ante la idea de ver mi rostro reflejado, «reproducido» en un espejo, siento un terror totalmente insano e inexplicable. No logro, no, que recuerdos anteriores afloren a mí; ni quiero que así sea. Soy lo que soy en este instante, sé lo que he de hacer, y no quiero saber más. El recuerdo de la intensa luz, de las palabras pronunciadas a medias, de la terrible presión en mis miembros... eso es lo único que consigue a veces surgir de ese pantano sin sentido en que mi mente y mi persona entera se han transformado. Y a pesar de todo, cuando ese recuerdo único surge, no experimento miedo alguno, sino solamente un empuje más fuerte de una voluntad más violenta, brusca y expeditiva que la

mía, que me arrastra hacia un futuro que conozco demasiado bien.

Camino en este momento por una avenida más amplia. Hay más gente. Hay vehículos que se mueven unos detrás de otros, como un estúpido rosario de cajas de colores con ruedecitas, con cristales y adornos cromados, y con un repugnante ser vivo dentro moviendo los intrincados mandos que permiten que esa cosa avance, ruede, se mueva, esquive a los seres que tratan de cruzar las calles, o se detenga cuando unos postes con luces de colores cambian misteriosamente de iluminación.

—¿Puede usted decirme la hora, señor?

No contesto. Enseño, sin hablar, mi muñeca vacía al ente que me ha interrogado. Debe ser una mujer, pues su traje es de diversos colores, y tiene dos protuberancias en el torso. Lleva los labios pintados, y mira de reojo. Calla y se va. Parece molesta por el hecho de que no haya dicho una palabra, o quizá mi aspecto no le ha gustado, como a otros. Camino lentamente, siguiendo una ruta que mis pies conocen, aunque mi mente la haya olvidado. Mi mente, que todavía reproduce dentro de sí el terrible fogonazo azul, los susurros continuados durante largo tiempo, las presiones esporádicas en las piernas, en el torso, los ligeros pinchazos, y el susurrar oscuramente en la sombra, de nuevo, una y otra vez, coactivo, desgarrante... el rostro gigante en la penumbra... el aspecto nacarado e impresionante de la cosa, el susurrar otra vez, con aquella voz glutinosa, espesa, obsesionante... Ninguno sabe nada de esto. Cuando aún estaba allí encerrado, aprendiendo con astucia demoníaca mi nombre y mis costumbres, intentaron por mil medios distintos sonsacarme qué era lo que había sucedido. Pero sus esfuerzos resultaron risibles e inútiles. Ni siquiera pudieron imaginar que una fuerza monstruosamente poderosa, millones de veces más fuerte que ellos, me guiaba pausada y serenamente hacia el lógico final de las cosas; mi salida, los papeles que me autorizaban a circular, y la recu-

peración de esa personalidad que ni quiero, ni debo, ni puedo recordar.

Una de las cajas con ruedas pega un golpe a otra. Los dos habitantes de su interior surgen a la luz, pálidos como un molusco al que se saca de su concha, gritan cosas en un lenguaje que me resulta incomprensible, agitan los miembros superiores (los brazos), mueven los dedos, señalan a un lado y a otro. Acude un tercer hombre, vestido de azul, con un curioso gorro que le cubre la cabeza y correas blancas que lo cruzan por todos lados. Miro golosamente la herramienta que lleva a un costado, protegida por una funda casi triangular de cuero blanco... Sé lo que es: un arma. Algo que cumple un papel terrible, que mata, perfora carnes y venas, tendones y nervios, y en suma, aminora o disminuye, e incluso anula totalmente la esencia vital de estos hombres. No la usa. Extrae en cambio un bloc, unos papeles, y toma nota. Los dos habitantes de los vehículos regresan momentáneamente a sus habitáculos de metal; extraen nuevos papeles, los cotejan, toman más notas, se señalan entre ellos... ¡Ay... pobres de vosotros! ¡La hora ha llegado, y yo sé que soy el ejecutor!

Me he detenido en una esquina, frente a una gran plaza llena de luminarias, donde el correr de los vehículos es constante. Atardece, y el cielo, que antes era sucio y gris va volviéndose muy despacio sucio y negro. Por una de las calles transversales avanza una gran masa de gente, hombres y mujeres, que llevan banderas de color rojo, gritan cosas que no entiendo, y se cogen de los brazos unos a otros. Los hombres armados vestidos de azul les miran con indiferencia, los dejan pasar, los señalan. Los otros no les hacen caso. Aúllan. Gritan. Piden cosas que no sé para qué pueden servirles... claro que ¿cómo voy a comprenderlo yo? Por primera vez me doy cuenta de que *no siento deseo alguno, ni experimento sentimiento de ninguna clase*. Probablemente no soy un hombre como ellos, aun cuando tenga el mismo aspecto. No sé a cuál de las dos clases pertenez-

co; o sea, si soy hombre o mujer, ni quiero saberlo. Lo más fácil es que sea una máquina, como esas que corren por las calzadas, o como esos palos con luces en lo alto que regulan la espasmódica marcha de los vehículos... Sí; eso es. No me cabe duda alguna. Soy una máquina más. Pero hay que asegurarse... Recojo del suelo un trozo de cristal, y lo paso con fuerza sobre mi antebrazo. Comienza a salir sangre... y gotea en el suelo.

—¿Se ha hecho daño, señor?

Miro al ser con frialdad, y calla. Y se va. Debo ser un hombre, pues me ha dicho «señor». Y por lo menos no soy del todo una máquina, pues sangro. Dejo caer la manga sobre la herida, y siento como la ropa se empapa poco a poco de ese espeso líquido rojo. Ya se cerrará, y si no lo hace, no importa nada en absoluto.

A mi lado, dos hombres ya desgastados, con el pelo cubierto de óxido blanco y las facciones llenas de piel arrugada, signos seguros, según sé, de que sus funciones vitales están tocando a su fin, conversan. No me explico bien para qué lo hacen, pues si son ya viejos, y no sirven, su deber, según creo, es morir cuanto antes y no molestar más. Pero conversan como si tuvieran todavía ante ellos la vida entera. Dicen:

—Nunca llegaremos a nada bueno. Hay demasiada pobreza, el dinero no circula, las calles están sucias, las jubilaciones son cortas...

—Tienes razón —dice otro—. Los jóvenes son malos carecen de experiencia, no nos respetan...

—Hay demasiados rojos...

—Hay demasiados nazis...

—Todos a cual peor.

—Pero hoy ha hecho un poco de sol.

—Eso sí es verdad.

Creo que la conversación fue más o menos así, aun cuando mis esfuerzos por darle su verdadera forma no hayan tenido mucho éxito. Pero sucede que lucho ferozmente

con las palabras, porque ninguna de ellas *me parece adecuada para definir lo que se quiere expresar*. Por eso temo que la conversación de los dos ancianos ha resultado explicada de acuerdo con mis módulos de comprensión, que son totalmente distintos de los de ellos. Puedo decir, sin embargo, que estaban disgustados por las circunstancias, y que estaban en contra de los de las banderas rojas y de otros señores, al parecer opuestos a aquellos, y que no dijeron, en absoluto, qué tipo de banderas usaban, y qué era lo que pedían.

A uno de los lados de la gran avenida hay una callejuela estrecha, húmeda, entre altas paredes de piedra que choorean humedad y en las cuales no hay ventana alguna. Mis pies me llevan automáticamente hacia allá. Sufro, sin saber por qué. Siento un deseo inextinguible de comenzar cuanto antes, y de terminar enseguida. Esa carencia de acción es lo único que causa en mi espíritu una débil sombra de sufrimiento, como si fuera una lejana sed, o un hambre larvaria. Creo que no lo he expresado bien del todo... ¡Malditas palabras, que se me resisten cada vez más, y no quieren significar las cosas tal como deben ser dichas!

Camino por la callejuela, sintiendo unos espesos deseos de matar algo. Naturalmente, tendría que tratarse de un ser que tuviera vida; pero tampoco me molestaría matar uno de los vehículos con ruedas, o uno de los palos con luces de colores... semáforos, ¡así se llaman! A mi lado, en la pared, a una altura ligeramente superior a la mía, surge una lámina de humedad musgosa, que resbala lentamente sobre las carcomidas piedras, resbala, resbala y resbala... Repitiéndolo me parece que el concepto entra mejor en mi mente. Resbala, resbala, se desliza, cae, se escurre, rueda... Inútil riqueza para una sola cosa. Resbala, eso es. Y poco antes de llegar al suelo, esa lámina de agua espesa es reabsorbida por la propia pared. Poco trabajo me cuesta imaginar que en las profundidades de estas rocas cortadas en forma cúbica hay un misterioso sifón que toma este líquido

insano, lo hace circular por ocultas canalizaciones, lo eleva y vuelve a expulsarlo al aire libre por la parte superior, para que pueda deslizarse y resbalar de nuevo por la corroída pared.

La callejuela estrecha se abre en una rotonda desértica, con una capa de tierra pelada, encintada de cantos grises en su centro. Al fondo hay unas rejillas, tras las cuales se elevan grandes árboles, y más allá, algo más allá, se ven los lienzos de muralla, y las chimeneas ennegrecidas de una casa antiquísima. Hay en ella algo que a la vez me aterra y me gusta, y por eso, con el mismo paso renuente y la misma indiferencia abismal, me acerco.

¡Hagen! ¡Hagen! Ese es el nombre... Ha surgido del mar profundo que es mi cerebro, como un bicho que surge del fondo de un pantano, asoma el hediondo rostro y se queda allí mirando al infinito. ¡Hagen! Es el nombre de mi criado el que fue vendido en su día. No sé muy bien que significa esto, pero es así. Y esta edificación aterradora ocre, triste, llena de manchas de humo... es mi casa. Mía. Es evidente que tengo un criado y una casa. No sé en este instante más que el significado semántico de este «tengo» o de ese «mía». Quiere decir que el criado, Hagen, que fue vendido en su día, debe obedecerme a cualquier costo, y que los copudos árboles, los lienzos de muralla, las ventanas de cristal ciego, y las desconocidas masas de objetos que esta construcción encierra, solo son poseídas por mí. O sea, que solamente yo puedo sobarlas, tirarlas al suelo, revolcarme con ellas, y romperlas si es preciso. También puedo comerlas sin demasiada preocupación, si son hábiles para ello. Hábiles, o útiles. Quizá útiles. Sí. Si son útiles para ello puedo comerlas, sentarlas, corroerlas o entregarlas a uno de esos seres blandos, pulposos y repugnantes que caminan sobre sus patas por las avenidas de la ciudad. Ningún otro tiene derecho a manosearlas, cortarlas, o desangrarlas. Esto es el verdadero sentido de la propiedad, tal como se entiende en los alrededores.

Sé también que si las entrego a un ser blando esto le causa extrañeza (sensación de que se está haciendo lo que no debe hacerse), pues no es costumbre el actuar así en los alrededores de esta ciudad, en este mundo entero ni en los planetas sometidos al mismo.

De pronto he sentido el capricho de oír mi voz. Lógicamente debo tenerla yo también, ya que tengo el mismo aspecto que los demás y, naturalmente, sus mismas facultades. Pero algo en mi interior se resiste a utilizar el complejo instrumento de carne y huesos que emite sonidos al espeso aire del exterior. Sin embargo, con un esfuerzo, aúllo: «Todo se tambalea».

No me atrevo a decir más, mientras mis pies, como funcionarios independientes, me llevan un paso tras otro hacia la oxidada cancela de metal. Pero mi voz me ha dado miedo. Ha resonado dentro de mi cráneo como un tañir funeral, bronca y grave, con un sonar lejano que no reconozco como mío. Mío. ¿También podré entregar mi voz a uno de los seres blandos? Temo que no. Si pudiera lo haría.

La reja está abierta. Chirría agudamente bajo mis manos cuando la abro y camino hacia la gran casa triste que apenas se oculta tras los enormes árboles abandonados. El césped no está cuidado, ni tampoco los macizos de flores. Encuentro una singular discrepancia entre lo que debía de ser y lo que es. Las fuentes de piedra, con diosas blancas sobre ellas, están rotas y secas; los senderos, cubiertos de hierbas horrendas; hay menudos trozos de ladrillo musgoso amontonados en los rincones; una odiosa estructura de hierro cubierto de orín, con plantas trepadoras, casi se derrumba sobre un patinillo de losas semilevantadas... Ante mí, la casa grita como si tuviera vida con alaridos silenciosos que nadie escucha.

—Todo se tambalea.

La seca repetición de mi grito anterior me asusta. Mi voz lo ha pronunciado casi sin asentimiento mío, como si «al-

go» quisiera probar nuevamente un aparato que pronto debe entrar en funcionamiento.

Hay un hombre de pie en las escaleras de la entrada. Es anciano; tiene el pelo blanco y la cara cubierta de arrugas; los ojos oscuros, con un surco lechoso bajo las pupilas. Reconozco en él a Hagen, que fue vendido en su día. Se acerca a mí corriendo sobre sus añosas piernas inseguras, con las manos tendidas, como si viera su salvación. ¿Qué quiere hacer? ¡Está tratando de tocarme! ¡Está intentando besarme las manos! ¡Oh, esto no, esto nunca! El solo pensamiento de que él, u otro cualquiera como él, pueda rozarme tan solo, me causa un asco tan intenso que estoy a punto de perder el sentido. Lo rechazo brusca, violentamente, con un codo, para que sea el paño de mi traje, y no mi carne, la que le arroje lejos de mí.

—¡Señor! —solloza—. ¡Señor!

No quiero verlo ni oírlo. Seguido por él, que lagrimea, llora, entona frases de felicidad y de satisfacción por tenerme allí, penetro en las sombrías oquedades del gran edificio. Camino automáticamente a través de las salas y los corredores, sin observar siquiera los espesos cortinajes, los muebles de antiguo dorado, los jarrones, armaduras y escudos que hay en las paredes. Quizá otra mente encontrase gozo en contemplar los artesonados de madera, o las colecciones de porcelana, los grupos de objetos de plata, o los muebles densamente lacados. Yo no. Son «míos» según el concepto que he aprehendido antes, o sea que puedo desdibujarlos, atraerlos, repintarlos, o disponerlos. Pero no siento ningún interés en ello. Corro como un caballo salvaje por las desiertas habitaciones, buscando ansiosamente el lugar adecuado. Rozo con un hombro un gran jarrón de mayólica, que cae al suelo y se despedaza con ruido agrio. No me importa. Al fin y al cabo... ¿no es mío? Puedo romperlo pues.

—¡Señor! —gime Hagen, galopando premiosamente a mis espaldas—. ¡Señor! ¡Ha regresado por fin! ¡Por fin le

tengo aquí, señor!

Si fue vendido en su día, ¿para qué habla? ¿Por qué chorros de agua turbia salen de sus ojos envejecidos e intenta nuevamente, una y otra vez, pasar su boca agrietada por mis manos? ¿Qué gozo puede encontrar en eso? ¡Yo no soy «suyo»! No puede babearme, tomarme, tenerme, incorporarme. Yo a él sí; pero él a mí, no. ¿Cómo describir la sensación que esa boca ansiosa me causa? No encuentro la palabra, que se me resiste y me esquivo. Es igual. Diré que me «asquea», pero mi mente no queda convencida de la expresión. Es necesario algo nuevo. Diré que me «rasta», y lo definiré como la sensación de asco que se experimenta ante algo que te ama cuando tú no quieres que sea así. Es un buen descubrimiento, ciertamente... mi boca, o mi mente, pueden producir conceptos nuevos que, por haber salido de mí, son míos, y puedo USARLOS.

—¡Me rastas, Hagen! —grito, y él se queda quieto un momento, como si me comprendiera, y luego vuelve a galopar trabajosamente detrás mío.

Subo unas escaleras de mármol negro que llevan al piso superior. Examino cuidadosamente las salas y cámaras que se suceden una detrás de otra, conectadas entre sí por grandes puertas corredizas. No me interesan las esculturas, los muebles ni los cuadros. Sé que este es el lugar y que aquí es donde debe hacerse todo... Este piso superior de la mansión será donde viviré de ahora en adelante, pero es preciso adecuarlo a la alta misión que le está reservada.

Hagen está de pie ante mí, muy humilde en su desgastado traje negro, mirándome con ojos llorosos que chorean cariño y adoración. Puedo escarpelo, incinerarlo y desmontarlo. Es mío. No sé, ciertamente, cuántas cosas son exactamente mías. Puede que dieciséis mil trescientas veintidós, o puede que treinta y cuatro mil cuatrocientas doce. El cálculo es difícil, pues son muchos los objetos existentes en esta mansión, y además, ¿cómo saber si un objeto es diferente de otro? Tal vez el árbol no sea diferente de

la tierra que lo cría... pero sí lo es el tapiz de la pared que lo sostiene. No importa eso.

Doy órdenes a Hagen. Todos los tabiques del piso superior deben ser derribados. Todos los objetos del piso superior deben ser arrastrados ignominiosamente al jardín y quemados allí, sin excepción ni perdón alguno. No quiero nada que me recuerde mi pasado; ni esas fotografías borrosas, de color pardo, que Hagen ha intentado hacerme tomar en las manos, ni esos diplomas amarillentos que penden de las paredes. Nada de eso debe seguir existiendo. ¿Para qué?

—¡Me rastas, Hagen!

Se encoge como un perrillo apaleado y, torpemente, comienza a arrastrar una mesita dorada. ¡Ah, no; no te escaparás por ahí! No serán tus débiles fuerzas las que te excusen de la quema de objetos... Vendrán hombres fuertes, silenciosos y hábiles, con grandes manos, como palas de grúa, con músculos nudosos como troncos de higuera... Vendrán, uno tras otro, estólidos y ceñudos, terribles en su seriedad, y quemarán objetos, destrozarán paredes... ¡Todo lo veo en este momento! ¡Sé que esta noche será la gran noche, y que debo estar preparado! Pero, mientras tanto, ni una sola excusa, ni un solo obstáculo ante mi imperiosa voluntad...

Quémalo todo, Hagen... todo. Quiero ver las llamas en el jardín.

Sueño en la gran sala privada de tabiques, con metros y metros de oscura soledad a mi disposición. Continúo dando explicaciones y órdenes. Las ventanas han de ser tapiadas con gruesos ladrillos; solamente una entrada quedará, y esta ha de ser cerrada con una ancha y gruesa puerta de acero, provista de una tolva, como la de los conventos antiguos. En vano Hagen intenta ofrecerme comida o bebida. Mi cuerpo entero se llena de repugnancia ante esas formas horripilantes, cubiertas de grasa, colocadas en una bandeja de plata; ante esos rectángulos de proteínas; ante esos lí-

quidos de colores espantosos retenidos por cilindros de cristal... ¡No! ahora no. Todo eso llegará, pero como yo diga y cuando diga. ¡También los alimentos son míos! Puedo... esto, si... USARLOS.

—Usar —digo al pobre Hagen, sordamente, utilizando la voz que no es mía—. Usar. Tener, manosear, consumir, quemar, eyacular, ennegrecer... Todo eso y no otra cosa es. ¡Adelante, viejo Hagen! ¿Fuiste vendido en tu día? ¡Quema entonces, quémallo todo!

Tomo una hoja de papel de un escritorio próximo. Hago listas interminables; necesitaré magnetófonos, televisores, varios teléfonos, emisoras de radio normales, emisoras etéricas, radios de bolsillo, computadoras, memorias magnéticas, ordenadores, archivadores automáticos, micrófonos, luces azules, luces rojas, explosivos, armas, drogas, mapas de este mundo; anuarios de viajes aéreos y espaciales, información sobre motores y maquinaria, listas telefónicas y muchas cosas más. Hagen se asusta cuando le tiendo la lista.

—¡Señor! —dice, premiosamente—. ¡Señor! La fortuna familiar...

¿Qué quiere decir este ser? ¡Todo eso se resolverá! No le hago caso, y después de reiterar la orden de quemar todos los objetos sobrantes, salgo de nuevo a la calle, abandonando a disgusto aquella bienhechora penumbra que reinaba en esas habitaciones del piso superior. Día llegara en que pueda refugiarme en la bendita oscuridad, y solamente luzca un punto luminoso en los momentos imprescindibles, no más que eso. Pero ahora he de continuar mi misión sagrada... y para ello he de salir fuera, para tomar contacto nuevamente con los blandos seres sin defensa.

Parecería que camino sin rumbo, pero no es así. Mis miembros me llevan muy despacio, pero con seguridad, hacia rumbos que ellos solos parecen conocer. Yo me dejo llevar en este vehículo de carne que por ahora no reclama alimento ni bebida. Instintivamente he recogido de un mue-

ble de hierro un rollo de billetes de banco, y lo he metido en uno de mis bolsillos. Paso por túneles iluminados con bombillas humosas; es de noche, y sombras difusas caminan a mi alrededor. Pasan unos hombres de piel negra, que llevan en las manos cadenas de bicicleta y anchos cuchillos; se acercan a mí, me rodean. De la boca de uno de ellos salen frases insultantes que no me molesto en comprender. Pero también se han dado cuenta de que algo raro camina dentro de mí porque pronto callan, vuelven la espalda y sin tocarme en lo más mínimo me abandonan.

En la salida del túnel, unos mendigos envueltos en ropas desgarradas salmodian sus penas y piden limosna. Grupos de gente bien vestida baja de vehículos charolados; policías a caballo patrullan las calles. El cielo es negro sobre mí, y me resulta evidente que la noche ha caído mientras daba mis órdenes a Hagen. Brillan las estrellas en el insondable espacio oscuro, luciendo con resplandores inhumanos, y en vano busco en una de ellas un recuerdo de aquella terrible luminosidad azul.

Siento como si sobre toda la ciudad corriera un hálito apocalíptico, presagio de una destrucción próxima. Parece como si mi pausado caminar fuera extendiendo una onda de nerviosismo e insatisfacción. Detrás mío los mendigos se levantan en manadas, asaltan a las gentes bien vestidas, lanzando alaridos entrecortados, son aporreados por los policías a caballo. Cuando me he alejado un centenar de metros, todo vuelve a la tranquilidad; los mendigos se recogen de nuevo en los quicios de las puertas, y el ciclo se interrumpe.

Hay una calle con grandes letreros luminosos en las paredes. Me siento guiado hacia allí, y penetro en uno de los establecimientos que expenden bebidas. Hay grupos de gente arrimados al mostrador, sorbiendo licores de altos vasos de refulgente cristal; mujeres vestidas con lujosos trajes de mal gusto circulan entre ellos. Me acodo en la barra, susurro una petición cualquiera al fatigado hombre gordo